

CARMEN GARCÍA ROGER

*Yo deseo,  
Yo olvido*



---

---

# Katia

Katia estaba lista, con su mochilita roja y azul llena hasta estallar. Su padre había colmado de jerséis y guantes aquel minúsculo macuto, preocupado por la reciente bajada de temperaturas en Cataluña.

«No puedo cerrarla... Pero no voy a llorar, papá se pondría aún más nervioso».

Katia se subió al pequeño taburete que Carolina había comprado para que no se sintiera acomplejada por su altura, y una vez logró alcanzar la encimera colocó minuciosamente los sándwiches del almuerzo en su tartera rosa. Ese día había decidido llevar a cabo sus tareas sin ninguna ayuda adulta. Tras peinar su pelo liso y negro ella sola, se sintió tremendamente orgullosa.

«Ya soy mayor», pensó y sonrió mostrando su preciosa y pequeña dentadura mellada. «Qué bien me he hecho la coleta, papá se sentirá satisfecho cuando me vea. Me voy a poner ya mismo el anorak azul. Así no perderemos tiempo cuando papá esté listo para salir. Además, está claro que mejor no hacer ruido para no molestarle. Pero se tiene que dar prisa... No llegamos... Seguro que ya no llegamos a la hora de la salida. Papi, ¿qué

---

haces?! No quiero ser la última. Me tendré que sentar sola en el autobús».

Katia esperaba en silencio, tensos los minúsculos músculos en su empeño por no importunar a nadie con su ansiedad por ser puntuales en presentarse en el punto de encuentro. El aroma a café y tostadas de la mañana aún flotaba en el ambiente, y Katia se esforzaba en aspirar el olor, y grabarlo en su pequeño almacén de bonitos recuerdos. Su padre se movía con rapidez por la casa monumental en la que vivían. Buscaba con afán un papel que le faltaba en el pesado maletín.

—Lo dejé en la mesa de mi despacho, y si no está ahí, es que alguien lo ha movido. ¡Carolina! ¡Te tengo dicho que Alejandra no mueva mis cosas cuando limpie! —dijo al tiempo que iba de un sitio para otro, y regresaba sobre sus pasos con grandes zancadas, para recordar qué podía haber pasado con el valioso y preciado papel. Katia se encogió de hombros y tras un triste suspiro apoyó el peso de la mochila en el brazo del sofá.

«No llegamos».

El miedo de la niña iba en progresivo ascenso conforme subía el tono de voz de su padre.

«¿La oficina de papá se arruinará si no encuentra ese papel? ¿No podrán hacer más tratos con países extranjeros? ¿No sé qué hacer! ¿Le ayudo a buscar o seré un estorbo y se pondrá más nervioso?».

Un torrente impetuoso de pensamientos catastrofistas se apoderó de la pequeña mente de Katia y se precipitó sin control: sin el papel se arruinarían, tendrían que despedir a Alejandra, que llevaba cuidándola y trabajando en casa desde que ella era un bebé, y ya no podría ir a la clase de ballet, que tanto le gustaba, porque obviamente se vería obligada a vender sus bailarinas y facilitarle el dinero a su padre para ayudar a la familia. A pesar de todas las terribles conclusiones que su pequeño cerebro había

---

barruntado en apenas un segundo, Katia no se atrevió a moverse, temiendo la posible ira de su padre.

De repente, unas palabras susurradas como una caricia y acompañadas de un beso tranquilizador sosegaron aquel torrente de pensamientos.

—Tranquila, Katia, llegaremos a tiempo —dijo la voz dulce de Carolina.

Pero... ¿Carolina existía? ¿Era real? Esa sonrisa en el momento necesario, esa mirada comprensiva, su olor a flores, su beso aterciopelado de buenas noches, su «no te preocupes, todo irá bien», que hacían que su padre volviera a sonreír, a jugar y a reír... ¿Sucedió de verdad? Carolina solo aparecía cuando su padre o ella la necesitaban. ¿Y si era un ángel y no una persona?

Katia no lo sabía, y tampoco se atrevía a preguntárselo a su padre. Tampoco quería decirlo en voz alta, porque... ¿y si se rompió el hechizo y Carolina se iba? Un maravilloso día de verano, Katia casi se atrevió a insinuar su presencia, porque le pareció evidente que tanto su padre como ella podían sentir, ver y palpar la magia de Carolina. Estaban en la piscina *infinity* del chalé que con tanto tesón e ilusión había diseñado su padre en el Alto Ampurdán. Katia chapoteaba con su flotador de flores rosas y naranjas, y su padre leía detrás de un enorme periódico. Sus grandes gafas ocultaban esos ojos hambrientos de conocimiento y control, mientras fumaba un cigarrillo Ducados. Apenas podía vislumbrarse de él más que su llamativo cabello rojo cubierto de aceites esenciales y brillante por el sol de mediodía. Entonces, Carolina, abrazando por detrás a su padre, le besó el cuello con suavidad. Le susurró algo al oído, y le sonrió. Su padre giró la cara hacia ella para mirarla, dejó el periódico en el suelo, apagó el cigarro y se zambulló en la piscina. Siempre había tenido una figura delgada y atlética, y apenas en un paso, logró dar un salto estilizado y espectacular.

---

«Papá es el más guapo, el más fuerte...».

Carolina miró a Katia con seguridad.

—Puedes quitarte el flotador, papá está contigo para protegerte.

Las palabras de Carolina impregnaron de confianza a Katia quien empezó a nadar con libertad.

—¡Papá! ¡Mírame, papá! —dijo, al tiempo que pensaba que Carolina tenía razón.

Katia chapoteaba orgullosa, mientras su padre la observaba desde el bordillo con su media sonrisa y sus gafas de sol. Casi nunca se las quitaba pues tenía la idea de que le hacían más joven. Siempre había sido presumido: su piel dorada, su pelo perfecto, su ropa a la última moda... Pocos hombres cuidaban su apariencia tanto como él. Continuó contemplando a la pequeña, con la admiración propia de un padre hacia su única hija, sin mediar palabra, y riendo sin cesar al verla nadar por primera vez.

«¿Cómo habría sido ese día sin Carolina? Feliz, sí, pero no memorable. Sobre todo, ¿habría dejado papá el periódico a un lado?»

Mientras esperaba apoyada en el brazo del sofá, Katia recordó aquel maravilloso momento. No obstante, estaba lejos. Ahora era invierno. La mochila empezaba a pesar, estaba llena de lo necesario para la excursión a la nieve que el colegio había planeado: los guantes, el gorro, el almuerzo, el libro de canciones y muchas cosas más. Estaba cansada de esperar a su padre.

«Carolina, ¿dónde estás? Ayúdame porfa».

—¡Ya está!, lo encontré —exclamó su padre y luego añadió—: Vámonos hija, que vamos a llegar tarde para que te recoja el autobús.

Su padre ya estaba listo para salir, y como cada mañana, estaba elegantemente ataviado. Su traje gris italiano no tenía una arruga y se había puesto una de sus corbatas de seda originales de la India.

---

«Qué miedo, si se pone esa corbata es que está de mal humor».

—Cuando está Carolina con nosotros, ella se ocupa de muchas cosas. Ahora que estoy solo, ¡todo es un desastre! —dijo su padre.

Katia nunca había oído hablar a su padre de sí mismo, y menos admitir que cabía la posibilidad de que él hiciera algo mal.

—Viaja a Wall Street demasiado a menudo —masculló su padre, pero Katia no le entendió.

—Papá, quiero preguntarte una cosa... —dijo Katia miedosa. Le temblaba la voz.

—¿Qué?

Su padre parecía impaciente mientras le abrochaba el anorak azul, sin acertar con los botones.

—Papi... Carolina, ¿es un ángel? —se atrevió a preguntar al fin.

Su padre la miró pensativo, melancólico pero esperanzado, y una sonrisa de complicidad se dibujó en los labios de padre e hija, al tiempo que él respondió:

—Es nuestro ángel.

---

---

---

# Daniel y Cristina

Mediodía.

El sol, inclemente, brillaba en el cielo con intensidad cegadora.

Los tonos azules del mar relucían como si de un cuadro de Sorolla se tratara.

Cristina podía sentir como el calor penetraba por los poros de su piel desnuda, blanca y fina.

«Debo ponerme protección solar. Pero no me puedo mover. Soy incapaz...».

Una fuerza mayor que su pensamiento y que su voluntad la retenía. Era la imperiosa necesidad de seguir tumbada sobre el pecho de Daniel, de sentir la piel bronceada de su torso también caliente, y sus muscudos brazos rodeándola con fuerza. Sus finos labios salados eran casi una adicción. El barco se mecía a merced del Mediterráneo. Reinaba el silencio, solo perturbado por el sonido del suave movimiento del agua bajo el casco del velero fondeado y de lejanas voces de niños que gritaban y jugaban al nadar en una pequeña cala protegida por los acantilados del cabo.

Cuando se despertó al amanecer de aquel caluroso día de verano, Cristina no se encontraba bien. Tenía el estómago revuelto y se sentía débil por la medicación.

---

«Estoy cansada de estar enferma, ¡harta del dolor! Necesito más analgésicos, no aguantaré el día sin ellos».

Últimamente había perdido aún más peso. Temía que su extrema delgadez la hiciera menos atractiva.

«No, mentira. No me importa cómo me vean otros hombres. Lo que en verdad me obsesiona es que Daniel no me considere sexy».

Desde su boda, él había cambiado su actitud comprensiva y empática por un tono más demandante. Quería que ella vistiera con otro tipo de ropa.

—Sí, está muy bien que siempre lleves marcas francesas, o alta costura. Pero ¿por qué tan discreta? A veces pareces una monja. Cuando vamos a una cena, quiero destacar y que se me vea. Ponte un vestido con escote, mujer —le dijo un día.

A Cristina no le había gustado aquel comentario. Intuía que no era más que la punta del iceberg de la conducta real que podía ocultarse debajo de una máscara de perfecto ejecutivo, novio y yerno de su querido padre. No obstante, no podía pensar en ello, y tampoco deseaba verlo o afrontarlo. Su dolor y su enfermedad suponían la mayor y principal batalla a librar y a ella debía dedicar su energía. Sus sentimientos por Daniel suponían una fuente de ilusión para enfrentarse a ella. Cristina, intrínsecamente motivada, y llena de intereses intensos, quería llevar el timón de sus decisiones, y de su vida. No iba a permitir que la enfermedad gobernara sus proyectos, su trabajo, y mucho menos su relación, en la que tantas esperanzas había puesto. Pero su tez pálida y grisácea, y el cabello ahora débil y antes sedoso y abundante, eran un recordatorio constante de la cruda realidad.

«¿Quién me hubiera dicho que me vería obligada a teñirme el pelo antes de los treinta? Sé que él no se va a ocupar de mí todo lo que yo quería. Le he observado, le irrita mi debilidad. Pero no hace falta, yo sé cuidarme sola. No va a tener que cargar conmigo.

---

Todos me quieren, yo sé que es verdad, pero en realidad me siento un lastre. Para papá, para Luisa, para Carolina... Ella es muy observadora, ¿se habrá dado cuenta también de la conducta de Daniel? Me avergonzaría si así fuera. Carolina estaba preocupada, voy a mandarle un mensaje antes de navegar mar adentro, allí no tendré cobertura. No quiero que sufra por mí. Debo hacerle saber que me siento fuerte. Carolina es tan pura y generosa... Más que amiga, es como la hermana que no he tenido. Siempre pendiente de mí».

Antes de zarpar, Daniel la cogió con suavidad de la barbilla, como siempre hacía, y la besó con delicadeza.

—¿Quieres que nos quedemos cerca de tierra en lugar de fondear en el cabo? —le dijo.

Él sabía que ir a nadar a las calas del cabo de la Nao implicaba una travesía más larga de lo conveniente para Cristina, y que hacer ese tipo de esfuerzo podía provocar que ella se sintiera peor.

—No, vayamos al cabo, sé que te gusta, y quiero sentir la brisa del mar en mi rostro —le respondió Cristina con una sonrisa que mostraba el ávido deseo que sentía de él.

Cualquier esfuerzo era poco, con tal de estar con él. Llevaban apenas unos meses casados, y ella sentía el mismo enamoramiento que cuando le conoció.

«Quizás, ¿temo perderle con demasiada ansiedad? No, prefiero no pensar en ello».

En el fondo sabía que no quería mirar a la cara a sus pensamientos, ni profundizar en las raíces de su miedo.

«Ha valido la pena sacar fuerzas para navegar. No puedo ser más feliz. Adoro su cuerpo fuerte, musculoso, varonil. Me siento protegida. No dejaría de abrazarle. No abandonaría nunca la cubierta de este barco. Que no termine jamás este momento...».

Cristina aún podía sentir la sal del mar impregnando su piel tras el excitante baño que habían tomado: saltaron del barco

---

riendo sin inhibiciones, como dos adolescentes, y se desnudaron sin más testigos que las profundas aguas añil y verdosas del Mediterráneo.

Sus salidas en barco eran su ritual particular e íntimo.

Cada vez que zarpaban, Daniel quitaba las defensas y recorría el barco tocando el acabado de cubierta, como si fuera un tesoro. Siempre había deseado una embarcación de esas características para sí.

*La Princesa*, era el nombre que había puesto al impresionante velero el padre de Cristina.

«¿Cómo puede llamarse así un velero pensado y construido para competir en las mejores regatas? Debería tener un nombre masculino que denote velocidad, arrogancia... y no esta mierda».

Sin embargo, Daniel sabía que Rafael de Benito, el padre de Cristina, había bautizado el velero con aquel nombre por su única hija, su princesa, a la que quería más que a nada en el mundo. Rafael era un tiburón de la bolsa, presidente de la compañía que gestionaba los activos y fondos de inversión más poderosos de Europa. Ya estaba a punto de jubilarse tras una larga carrera de arduo trabajo y merecidos éxitos.

«¿Cómo es posible que Rafael de Benito considere dejar su gran legado en manos de su hija? Esa débil, enfermiza y frágil «Princesa». Es increíble que un hombre de mundo que ha alcanzado tales cuotas de éxito y riqueza no delegue en otro hombre para asumir las riendas de sus finanzas. Patético, temerario y sentimental. ¿El dueño de Italia y la mitad de Wall Street va a permitir que una mujer, enferma y frágil, tenga el control de su negocio? Intolerable, ése es trabajo de hombres. Un hombre como yo, capaz de hacer cualquier cosa con el objetivo de alcanzar sus metas».

---

Desde que Daniel comenzó a trabajar como programador para Fox Capital, la compañía que presidía Rafael, tomó conciencia de todo lo que no era, y sobre todo, de lo que no tenía. No tenía un puesto de decisión, no era respetado ni estaba en los círculos de poder del mundo bursátil, no tenía estatus social, no tenía dinero, no tenía una mansión de lujo, no tenía un barco, no tenía, no tenía y no tenía... Ese pensamiento se instaló en su cabeza y tomó la fuerza de un torbellino sin control.

«No tengo fortuna ni riqueza. Sin embargo, esos negocios me corresponden a mí, y no a ella... Yo sí he luchado y sufrido en las calles. Esta niña rica no sabe de supervivencia ni de poder. Es débil, no tiene derecho a lo que por simple nacimiento la ley se empeña en atribuirle. Ni ella ni su padre son dueños de mi destino. Al final, todo será mío... ¡Casi puedo tocarlo!»

Desde luego, no tenía tiempo que perder para conseguir todo lo que quería. Trabajar para lograrlo era un camino muy largo. Cristina era la clave, su llave para entrar en ese mundo exclusivo, reservado para unos pocos privilegiados. Ahora que se habían casado, y que Rafael le había hecho socio, era solo cuestión de tiempo que le diera poderes para gobernar la compañía a su antojo.

Pero la paciencia de Daniel se acababa. Cristina resultó ser un estorbo: se había enamorado de él, le reclamaba tiempo, y además era difícil de engañar. Tenía grandes capacidades y su padre la había formado bien.

«Hoy es el día. En el barco, me desharé de ella. Una crisis en el mar, sin su medicación. Nadie sospechará. Yo llevaré las medicinas y probaré que no hubo tiempo de reacción».

Su plan tomaba forma en su cerebro como lo hace la figura del escultor al diseñar su tan ansiada obra maestra. Podía ver la secuencia de los hechos en su cabeza, casi de manera recursiva. Era una película escrita, dirigida y producida por él.